

ANGEL INCURABLE

El cáliz de la rosa débil
se estremece inconscientemente.
Allá van las margaritas
a tejer su condición insegura
entre las amables y plácidas yerbas.
Mi corazón que sabe un poco de esto
se acuesta en su rincón desangrándose.

Oh, este pétalo que más quisiera evadirse
que ser sólo un alivio pasajero.
La mano fugaz pretende apresar el hondo,
el vago, el sísmico quejido del argonauta.
Pero yo ya no tengo lienzos,
ni manos de qué ocuparme,
ni tesoros impávidos
escondidos en las mejillas.
Solamente un egocéntrico andamiaje
bien repleto de flores turbias
y de mariposas como mieles
me baten sus alas insistentemente,
y, sin embargo, prevalezco.

¡Amiga de los dioses, abre la ventana,
contempla el paleolítico
semblante del pisaverde
que se deshace de nuevo!
Mira el vasto concurso de las estrellas,
las ramas de la primavera,
los mil objetos perdidos,
cuando yo no tengo brazos.
Van mis ojos serenos de humos,
de labios incendiados,
de corazones semihundidos,
precisamente porque el marco en que deléitanse
es aquel que fustiga atardeceres.

Creed, hermanos, en el singular sobresalto,
en el candente soliloquio de los árboles,
de los tristísimos árboles,
y moved bien la encina donde carbones aúllan.
A ver si es posible contemplar el reflejo
del ánima que, a escondidas, desalentada, llora.

Gabino-Alejandro CARRIEDO